



Dehesa. Rufino Acosta

Dehesa de Tentudía

Ecosistema: Agroecosistemas

La dehesa es un agroecosistema resultado del aclarado del bosque mediterráneo primigenio para conformar un sistema de uso múltiple que compatibiliza los aprovechamientos agrícolas, ganaderos y forestales, y en el que además tienen lugar actividades de caza, pesca, recolección y, puntualmente, de extracción de recursos minerales. Este agroecosistema aparece muy frecuentemente en el suroeste ibérico y consigue aprovechar óptimamente las limitaciones edafoclimáticas del medio, en un contexto de suelos pobres, generalmente ácidos y con escasa capacidad de retención de agua, aunque existen también dehesas sobre sustrato calizo en Cádiz. Suelen ser zonas de lluvias escasas en promedio, con acusada estacionalidad, presencia de heladas invernales y fuerte estiaje; todo ello supone severas limitaciones para el desarrollo de las plantas. La producción de biomasa es relativamente escasa, por lo que los suelos no aguantan un uso agrícola continuado con producciones aceptables. Los diversos aprovechamientos de la dehesa amortiguan las fluctuaciones estacionales en la producción y consiguen cantidades discretas de una diversidad de productos a lo largo del año. La diversidad y complementariedad de usos y producciones es un requisito para lograr la mayor autonomía energética y productiva de las fincas.

Originariamente, en un sentido restrictivo, la dehesa era un terreno acotado para pastos, con lo cual puede aceptarse que existen dehesas desarboladas. Aunque también podría hablarse de dehesas que no son de quercíneas, actualmente el concepto y la imagen social que se tiene de este agroecosistema es el de un bosque aclarado de encinas, alcornoques, quejigos (*Quercus faginea* Lam.) o robles melojos (*Quercus pyrenaica* Willd.), en el que el ganado tiene un papel destacado.

La dehesa ocupa unos 5,8 millones de hectáreas en España, a las que hay que añadir las grandes extensiones portuguesas. En Extremadura supone el 40% de la superficie regional [1,2].

■ DESCRIPCIÓN

La comarca de Tentudía está situada en el extremo sur de Badajoz (Extremadura) y linda con las provincias andaluzas de Huelva y Sevilla. Tiene una extensión de 1.283 km² y comprende los términos munic-

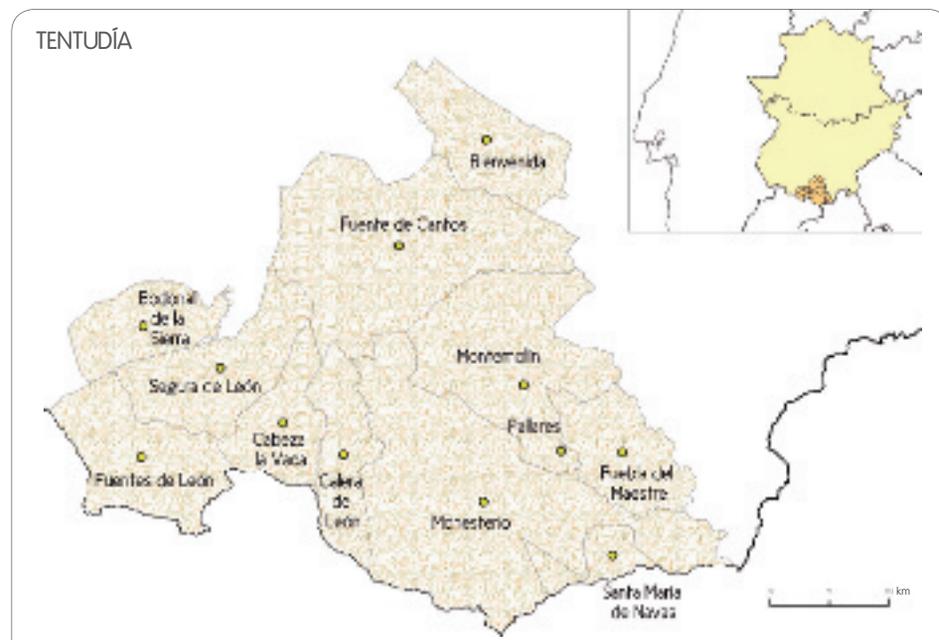
pales de Bienvenida, Bodonal de la Sierra, Cabeza la Vaca, Calera de León, Fuente de Cantos, Fuentes de León, Monesterio, Montemolín y Segura de León. Al municipio de Montemolín pertenecen las localidades de Pallares y Santa María de Navas, con lo que resultan once pueblos. Aunque Puebla del Maestre no pertenece a la mancomunidad, esta ficha también incluye sus dehesas, caracterizadas en las dos obras más significativas sobre el agroecosistema que han servido de base bibliográfica en esta ficha.

El clima de la comarca es de tipo mediterráneo continental, de inviernos templados y veranos secos y calurosos. Las lluvias se concentran en otoño y primavera, y van desde los 550 mm en la parte este hasta los 900 mm en puntos del oeste, gracias a la influencia atlántica y la altitud de las sierras, que de alguna manera propician un microclima característico de la comarca.

La región forma parte de dos zonas naturales del sur extremeño: la sierra y la penillanura. La parte occidental y sur (Bodonal de la Sierra, Cabeza la Vaca, Calera de León, Fuentes de León, Monesterio, Pallares, Puebla del Maestre, Santa María y Segura de León) se ubica en Sierra Morena y ha estado tradicionalmente vinculada al aprovechamiento de la dehesa, mientras que los municipios orientales (Bienvenida, Fuente de Cantos, y Montemolín) con tierras de suelos mejores, comparten los grandes llanos cerealísticos propios del sureste extremeño.

En la sierra abundan las especies arbóreas como encinas, alcornoques, pino piñonero (*Pinus pinea* L.), pino resinero (*P. pinaster* L.) y castaños; este terreno tiene una explotación esencialmente ganadera. No obstante ofrece amplias posibilidades para el aprovechamiento de la piña, el corcho, la resina y otros productos forestales. En algunos municipios de esta zona la presencia del olivar también adquiere cierta relevancia, y en otros se cultivan, con menor importancia, higueras y castaños, estos últimos en Cabeza la Vaca y Calera de León.

En la zona asentada sobre Sierra Morena es donde se localiza el agroecosistema de dehesa. Nos encontramos en un contexto marcadamente latifundista, de dehesas de gran extensión que empleaban abundante mano de obra asalariada, trabajadores fijos y una notable masa de jornaleros. En algunas localidades existía un importante estrato de pequeños propietarios, tanto de dehesa como de olivar o castañar [3].



y beneficiaba la arboleda y sus producciones. El tiempo de descanso de la tierra era el que daba lugar a los eriales en los que pastaba el ganado, que también aprovechaba el grano y la paja de los cultivos y las rastrojeras. La cabaña ganadera de cochinos, ovejas, cabras o vacas, según las zonas y las fincas, aprovechaba los recursos más acordes con sus aptitudes. Los animales, la oveja sobre todo, tenían un papel crucial en la fertilización del suelo mediante el majadeo. La arboleda de encinas, alcornoques, quejigos o robles melojos era podada dependiendo de los cultivos, y suministraba leña (materia prima para el cisco y el carbón), corcho, ramón y sobre todo bellotas, la base de la alimentación del cerdo. A otros usos y aprovechamientos como la caza o la recolección de plantas o de ciertos arbustos podían acceder en ciertas condiciones los propietarios de las fincas [2,3-5].

En esta ficha se expone la praxis y el conocimiento local vinculados al modelo de dehesa tradicional, entendiendo por tal aquel que se desarrolló antes del proceso de modernización del campo de los años 1960 en España, haciendo referencia en cada apartado a la vigencia actual de esos usos y manejos.

La denominación de dehesa, a pesar de la extensión y aceptación actual de su nombre, se puede decir que se debe más bien a los expertos, ya que en muchos pueblos con dehesa de Extremadura, y en nuestra comarca desde luego, se denomina encinado o alcornoque. Dehesa o "jesa" en Extremadura se asocia aún a terrenos donde los vecinos podían tener sus animales, terrenos de uso común, como por ejemplo las dehesas boyales. Pero su uso para identificar el agroecosistema es ya ampliamente aceptado y ha sido asimilado por las gentes.

Para la conformación del agroecosistema a partir del bosque mediterráneo se seleccionaron los árboles más vigorosos y apropiados a cada lugar, se eliminó el matorral y se dejaron proliferar las herbáceas silvestres de las que se alimentan los rebaños. Periódicamente se sembraban gramíneas y leguminosas diversas para consumo humano y animal. Así se crearon estos bosques aclarados y fuertemente antropizados en los que prevalecen en exclusiva las encinas, aunque se encuentran también formaciones mixtas de encinas, alcornoques y quejigos. Las escasas formaciones de robles melojos en Tentudía suelen ser también monoespecíficas, aunque en pequeñas teselas junto a castaños o prados.

La escasa aptitud agrícola de los suelos era la que hacía que los cultivos se espaciaran en el tiempo, y fuesen extensivos y de secano, en ciclos por lo general de cinco años y acompasados con el pastoreo y con la poda de los árboles.

La dehesa tradicional compatibilizaba los aprovechamientos agrícolas, ganaderos y forestales, con un manejo adaptado a las condiciones precisas de cada espacio. Las limitaciones impuestas por la orografía y los suelos hacían que no resultase interesante intensificar la producción agrícola y eliminar la arboleda. En la dehesa antaño el laboreo se hacía tras periodos de descanso de cinco años en la mayoría de los lugares, aunque de menos tiempo en suelos mejores. Los cultivos suministraban granos para la venta y para el consumo del ganado, y el arado ayudaba a controlar el matorral, evitaba el embastecimiento de los pastos

CONOCIMIENTOS TRADICIONALES

MANEJO AGRÍCOLA

La agricultura era una práctica habitual en la dehesa, aunque la cadencia del laboreo era variable según la calidad de los suelos. Hay que recordar que la relativamente baja aptitud productiva para la agricultura era la que hacía que se diera un uso múltiple del territorio y que hubiera rotación de hojas (de barbecho, sementera, agostadero y "posío"), permitiendo al suelo recuperar nutrientes para la labor. El periodo de cultivo más frecuente en la dehesa era de cinco años, aunque en terrenos mejores podía acortarse y en los peores alargarse. Un tipo ideal de manejo de una dehesa podía ser el que se describe a continuación. En una de las hojas que estaba en "posío" (tierra de labor que se deja descansar sin ser labrada para aprovechamiento del ganado) se podaba la arboleda, dejando entrar más sol a los cultivos venideros, y era majadeada para ser roturada en invierno y dejada en barbecho, con al menos una labor de reja intermedia hasta el otoño ("bina"). Tras la recogida de la sementera a finales de primavera o principios de invierno, los animales podían pastar los rastrojos en agostadero, alzándose de nuevo el terreno en otoño para una segunda siembra. El primer año solía cultivarse trigo en los mejores suelos, cebada y avena en los suelos algo inferiores y leguminosas en los peores. El segundo año, en los de cereal se cultivaban leguminosas. Tras esos dos años, la tierra quedaba en descanso hasta nueva roturación, proporcionando pasto a los animales. No solía haber cultivos mixtos, sino hojas de distintas especies, salvo algunos casos en que se cultivaba centeno, más ácido para las bestias, en los contornos del trigo por ejemplo, para que el ganado no lo comiera.

La finalidad principal del cultivo era la obtención de alimento para los humanos, trigo casi exclusivamente, y para los animales, en forma de grano, heno y paja. El cultivo controlaba el matorral y el arbolado se beneficiaba de las labores del suelo.

Al igual que con los otros aprovechamientos, para las prácticas agrícolas servían de referencia el santoral, las fiestas y el refranero. Por ejemplo, por San Mateo (21 de septiembre) se esperaban las primeras lluvias del otoño y el inicio de las siembras; por San José (19 de marzo) debían haberse sembrado los garbanzos; tras el día de la

Cruz (3 de mayo), se daba inicio a la siega del cereal temprano; o por la Virgen de agosto (15 de agosto) se esperaba haber terminado la limpia en la era.

Actualmente el cultivo ha descendido enormemente en la dehesa, especializándose el territorio en la ganadería, por lo que algunas fincas no se laborean desde hace décadas. Con ello el matorral se extiende, hay menos pasto para el ganado y menor percolación de las precipitaciones. La ausencia de cultivos afecta también a la fauna, al no tener alimento palomas torcaces (*Columba palumbus* Linnaeus, 1758), palomas zuritas (*Columba livia* Gmelin, 1789) y tórtolas [*Streptopelia turtur* (Linnaeus, 1758)] [1-3].

Desbroce y roza

La roza consiste en la eliminación del matorral para la posterior roturación y cultivo. Era una práctica propia de terrenos más agrestes, con una pendiente significativa, y suelos pedregosos, poco productivos, donde solían subir menos los animales y donde los cultivos eran menos frecuentes que en las dehesas, por lo que daba tiempo a la proliferación del matorral. El desbroce podía hacerse a mano con las matas más tiernas y pequeñas, o con herramientas como el calabozo o el azadón para el matorral más fuerte. Con la masa arrancada se hacían montones o "rodeás", que solían quemarse a fin de verano, y sobre sus cenizas se sembraba, a veces sin pasar ningún hierro de labor. El resto de terreno, las "colás", era el que se alzaba y laboreaba.

La gente con menos recursos, los jornaleros, iban por cargas de monte, sobre todo monte bajo de encina y jaras, para leña menuda en panaderías y hornos de ladrillos o cal, lo que a veces les generaba problemas con los propietarios o la Guardia Civil.

El matorral proliferaba en fincas de pendiente pero de gran extensión, ya que en las pequeñas el uso era más intensivo, bien fuera para la ganadería o para la agricultura. Aunque se contrataran cuadrillas para el desmonte en grandes fincas, era muy usual que los peores terrenos se dieran a colonos o yunteros, que en compensación por desmontar recibían terreno para siembra a cambio de una parte de la cosecha que solo entregaban el segundo año. Eran por tanto los encargados de las rozas.

El desbroce se realizaba en invierno y primavera, sobre todo tras tiempo de lluvias, para que el suelo estuviera más blando y fuera más fácil el descuaje. Se eliminaba el "monte negro" constituido por monte bajo de encinas, alcornoques, robles melojos, quejigos, coscojas, aulagas (*Genista hirsuta* Vahl), brezos (*Erica arborea* L.), jaras (*Cistus* spp.), matagallos (*Phlomis purpurea* L.), retamas [*Retama sphaerocarpa* (L.) Boiss.] y otras muchas especies.

La función del desbroce era evidentemente la limpieza para el cultivo, al que se aportaba algo de fertilización con las cenizas. También servía para controlar el matorral, ofreciendo luego pastos para el ganado, y al hacerlo se iba dejando renuevo para el "resalveo" y apostado de los árboles, es decir la selección de renuevos, que se dejaban crecer. También se evitaba la competencia para los árboles y el pastizal. Las "rodeás" eran también un lugar adecuado para el cobijo de animales como los conejos, siendo el momento de la quema de las mismas una buena

oportunidad para dar caza a los que huían del fuego. Para los jornaleros, el matorral era un recurso socorrido en tiempos de escasez, con cuya venta obtenían algún dinero.

Hoy en día el matorral prolifera por muchas dehesas de cierta pendiente, habida cuenta del abandono o la dilación del cultivo. El aumento de la carga ganadera supone un cierto control de los arbustos, que es absoluto en las zonas donde más pasta el ganado. Es frecuente que el desmonte no sea una labor previa al cultivo, sino una práctica en sí para el control del matorral con el objetivo de que no detraiga pastos para el ganado. Allí donde se lleva a cabo, a veces tras varios lustros, el desmonte se realiza con maquinaria específica para ello, como tractores, de gomas o de oruga, que arrastran maquinaria de desbroce ("flecós") o gradas de diverso tipo. En ocasiones el cultivo se realiza posteriormente como una manera de asegurar el desbroce. La proliferación del matorral ha hecho que crezcan las poblaciones de ciervos, jabalíes o zorros. A su vez, la falta de cultivos ha provocado que tengan problemas para su alimentación las aves granívoras [1-3].

Laboreo

El laboreo se practicaba varias veces a lo largo del ciclo de los cultivos. La primera labor era el alzado del terreno en invierno, que



Cargas de jaras.



daba lugar al barbecho. Su función era la aireación y la obtención de nutrientes, como agua, oxígeno o nitrógeno, además del cambio en la textura del suelo, más mullido para una mejor proliferación de las plantas, y la eliminación de la competencia que las hierbas suponían al cultivo. Evidentemente, laborear el terreno suponía privar al ganado de las hierbas, existiendo un dilema entre dejar más tiempo el suelo en erial para alimentación de los animales, o en barbecho para una mejor preparación de cara a la labor con un barbecho temprano. Dice el refrán que “el barbecho en enero hace al amo caballero, y el de antes, caballero y con guantes”. La segunda labor era la “bina”, un nuevo pase de reja con idénticas funciones que el alzado. Se solía hacer hacia mayo, evitando especialmente la proliferación de hierbas de primavera y contribuyendo con el polvo que se levantaba a combatir las posibles plagas de la arboleda. Menos frecuente era un tercer pase de reja antes de la siembra. Ahora bien, en los cultivos de segundo año (“rastrojeaos”) era preciso pasar el arado a la rastrojera antes de la siembra, lo que se llamaba “cruzar” o “cojear”.

Mención aparte merece el medio barbecho o barbecho semillado de melones y sandías, que solo se cultivaban en la dehesa en terrenos con cierta humedad junto a cauces; o de garbanzos, que se sembraban en algunas porciones de la hoja roturada y se recogían en el verano. Aunque detrajera nutrientes para la posterior siembra de granos en otoño, reportaban sin embargo un beneficio de labor para el terreno.

El laboreo se ha reducido enormemente y ha pasado a realizarse con tracción mecánica, tractor y sembradora. Se ha reducido también el número de pases de reja y el alzado del terreno se ve condicionado por la prohibición de roturar el terreno en tiempo de cría de aves que anidan en el suelo.

El laboreo del terreno está relacionado con las prácticas ganaderas, puesto que la remoción y la labor modifican la estructura del pastizal y evitan el embastecimiento, pero también detrae terreno de pastos donde se alimenta el ganado, que solo aprovecha en los barbechos algunas yerbas de verano poco significativas. En cuanto a las prácticas forestales, la labor también controla el crecimiento del matorral y puede afectar al renuevo si en la práctica agraria no se cuida dejar resalvos. El laboreo en zonas de pendiente suponía un problema de erosión, que en algunos casos se intentaba corregir construyendo calzadas con las piedras que sacaba el arado. Estas calzadas, o calzos del terreno, eran líneas de piedras colocadas en sentido perpendicular a la pendiente para frenar la fuerza del arrastre del agua, especialmente en los cauces [1-3,6]

Fertilización

Una fuente de fertilizantes para el terreno de la dehesa era el excremento y orín del ganado, especialmente de oveja. Ahora bien, no todo el terreno se majadeaba, o no en todas las fincas se hacía. Solían majadearse los terrenos que iban a ser sembrados por el propietario, mientras que los peores lotes y sin majadear se daban a colonos, que eran quienes llevaban a veces hasta las fincas el estiércol de sus cuerdas. El estiércol debía dejarse fermentar (cocer) en grandes montones, siendo removido para ello cada cierto tiempo. Una vez hecho, a finales de verano normalmente, se iba esparciendo a pala por los barbechos para la posterior siembra. Sin embargo, en algunas fincas grandes se usó mucho el nitrato de Chile y algo más tarde los fertilizantes químicos.

Hoy en día cuando se siembra, cosa cada vez menos frecuente, suelen utilizarse fertilizantes químicos, aunque no en grandes cantidades, que se esparcen con maquinaria específica.

El ganado era la principal fuente de fertilizantes, junto con los animales de labor [1-3].



Cargas de jaras en la dehesa. Rufino Acosta

Siembra y escarda

La siembra tenía lugar en otoño, con las primeras aguas; la cebada y avena eran las primeras que se sembraban. Las semillas se esparcían a voleo sobre los surcos abiertos o, en el caso de algunas leguminosas, sobre los rastros, para ser enterradas luego por el arado. Las habas se sembraban “a cocera”, es decir, echando varias semillas cada cierto tramo.

Aunque los cultivos más habituales eran los que se sembraban en otoño y se recogían a finales de primavera y en verano, los había también de ciclo más corto, una suerte de barbecho semillado. Este era el caso de los garbanzos, sembrados hacia marzo y recogidos en verano, o los melones y sandías, sembrados hacia mayo y recogidos en verano.

Tras la siembra, se solía “maquinar”, o dar un pase con la máquina, una especie de peine que rompía la costra que hubiese desarrollado la labor y eliminaba algunas hierbas que hubieran nacido. Beneficiaba el desarrollo del cultivo y solía hacerse hacia noviembre y diciembre, casi siempre al cereal. Actualmente no se practica. La escarda se hacía manualmente para eliminar malas hierbas, normalmente hacia febrero, a mano o con un “sacho” o escardillo, de ahí que a esta labor de escarda se le llamase “sacha”. Actualmente no suele escardarse y, solo en algunas dehesas aclaradas y de buenos suelos se utilizan herbicidas.

Las especies que más habitualmente se sembraban eran trigo (con una gran cantidad de variedades tanto locales como foráneas, tipo cabezón, candeal, curichi, herrera, medina y raspinegro), cebada (caballar y del país), centeno, algarroba (*Vicia articulata* Hornem.), altramuza (*Lupinus albus* L.), guisante (*Pisum sativum* L.), veza (*Vicia sativa* L., *V. angustifolia* L.) y haba de las variedades cochinerita y tarracona. En el medio barbecho se sembraban garbanzos, sandías y melones. También estaban presentes en los cultivos numerosas plantas adventicias, como la amapola (*Papaver rhoeas* L.), la avena loca (*Avena sterilis* L.), los jaramagos (*Diploaxis eruroides* (L.) DC., *D. catholica* (L.) DC. y *D. virgata* (Cav.) DC.) o la veza (*Vicia sativa* subsp. *sativa*). Especialmente temidos por lo que pinchan al agarrarlos si se siega a mano o si se cogen al cargar las pacas son la lenguaza o languavaca (*Anchusa azurea* Mill.) y los abrepuños (*Centaurea* spp.).

En la actualidad se ha reducido el número de especies sembradas y casi han desaparecido las variedades locales. Cuando se cultiva es exclusivamente para aprovechamiento del ganado, especialmente como heno, para lo que se siembra una mezcla de veza y avena, o para aprovechamiento a diente. Veza, avena y cebada son los cultivos más habituales, a los que acompaña alguna vez el triticale, de nueva introducción y para aprovechamiento a diente [1-3,6].

Recolección de la cosecha

Se hacía a finales de primavera o principios de verano, siendo la avena la primera en recogerse, hacia mayo, y el trigo de los últimos. Se hacía con hoz en el caso del cereal, y arrancando a mano o ayudándose de un hocino, a veces con guadaña, en el caso de leguminosas. No obstante, en algunas ocasiones se sembraba cebada como forraje para el ganado, sobre todo las bestias, por lo cual se segaba en verde en primavera. Melones, sandías y garbanzos se destinaban a la alimentación humana. El trigo era base de la dieta de las gentes, aunque una parte también era para el ganado, al igual que el resto de cereal y leguminosas, como también lo era la paja. Los rastros, como se ha indicado, eran aprovechados también por los animales.

Actualmente apenas se cultiva en las dehesas de la sierra y, en estos terrenos, no se limpia el grano, sino que se recoge como heno y se empaca. En las dehesas más llanas y fértiles hay casos en que

se separa el grano de la paja. En cualquier caso, todas estas labores se hacen mecánicamente con cosechadora o, en caso contrario, con segadora, peine y empacadora. El aprovechamiento a diente también es una opción en algunas fincas [1-3].

MANEJO GANADERO

La ganadería es el elemento central de la dehesa, el aprovechamiento que más sentido da al agroecosistema. Aunque se pueda hablar de dehesas desarboladas y sin cultivo, es difícil imaginar una dehesa sin ganado. Cerdos, ovejas, cabras, vacas, bestias y aves aprovechaban los distintos recursos del agroecosistema, se alimentaban de los pastos, el matorral, los árboles y sus frutos y de los cultivos para, a cambio, fertilizar el terreno con su abono y contribuir al control del matorral. Los ciclos de paridera, cría y venta se acompañaban con la producción de biomasa; así el engorde se producía en primavera, cuando se disponía de más biomasa y la venta al llegar la escasez estival, con un parto al año en ovejas y cabras. El ganado transformaba la biomasa en proteína de alta calidad y ofrecía además otros productos como pieles o lana, además de trabajo de tracción y carga en algunos casos.

Es destacable la presencia de razas autóctonas de ovejas (merina fina o basta, merina negra), cabras (serrana, del país), vacas retintas y cerdos ibéricos, así como de pavos y gallinas (gallina azul extremeña y otras). Estas razas autóctonas de ganado, de poca producción de carne pero también poco exigentes en su alimentación por su rusticidad, además de suponer un acervo genético de interés, garantizaban un buen aprovechamiento de los recursos a un coste aceptable. La presencia del ganado en sí era un elemento importante en el ecosistema, como puede verse en la composición del pastizal, ya que las praderas pastoreadas son uno de los espacios más ricos en biodiversidad vegetal, magnitud que se acentúa en un sistema complejo como la dehesa, que añade árboles y arbustos [2,3].

Pastoreo

El pastoreo permitía el aprovechamiento de los pastos y del matorral y podía hacerse de dos maneras. Para el pastoreo estante se cercaba el terreno, generalmente con paredes de tapial o piedra. En muchos casos no existían cercas, a veces ni siquiera un cercado perimetral por las lindes de la finca, por lo que era necesario un pastor. Se iba rotando por las distintas hojas de la finca, según los momentos, siguiendo el ciclo de los cultivos o la presencia de bellota, y estableciendo en algunos casos “guardados” o lugares reservados para el crecimiento de pastos. Los pastores, cabreros, vaqueros o porqueros los conducían a distintos careos, es decir, zonas de desplazamiento en el día por distintos lugares de las fincas, según el momento del día y las condiciones meteorológicas. Por ejemplo, a las solanas en las mañanas de invierno y a las umbrías en tiempo de calor. Algunos animales, como cabras, en fincas pequeñas de ciertas zonas, eran amaneados para evitar que saltaran o dañaran las paredes o la arboleda, cosa que sucedía muy habitualmente en las pequeñas explotaciones de la zona occidental de la comarca.

Hierbas muy valoradas para el ganado (“yerbas gordas”) eran los alfileres o tenedores (*Erodium cicutarium* (L.) L'Hér.), la cerraña (*Sonchus oleraceus* L.), los carretones (*Medicago* sp.) o la lenguaza (*Anchusa azurea*). Muy importantes eran también las “yerbas de verano”, como la enredadera o correhuela (*Convolvulus arvensis* L.), la grama (*Cynodon dactylon* (L.) Pers.) o la verdolaga (*Portulaca oleracea* L.), que crecen en los barbechos y rastros y tenían gran valor en esa época. Para las cabras eran apreciados por sus brotes, flores o semillas la jara pingosa (*Cistus ladanifer* L.) y otras especies de este género, la aulaga (*Genista hirsuta* Vahl), el cantueso (*Lavandula stoechas* L. y *L. pedunculata* (Mill.) Cav.), la coscoja, la encina, la escoba (*Cytisus*



scoparius (L.) Link], la retama [*Retama sphaerocarpa* (L.) Boiss.] o el romero.

La función principal del pastoreo era la alimentación del ganado, pero con él se contribuía también al control del matorral y a la mejora de la fertilidad del suelo con los excrementos y orines, además del referido efecto en la composición de los pastos. Por tanto, actividades relacionadas con el pastoreo eran el cultivo, ya que se pastoreaban las hojas que no estaban en labor, pero también los barbechos, "posíos" y agostaderos, las hojas en que se hubiera recogido la cosecha. La regeneración de la arboleda tenía que ser observada, impidiendo que los animales comiesen los renuevos que se quisieran dejar y permitiendo que contribuyeran al control del matorral comiendo el resto de matas.

El pastoreo estante en cercas, ahora de alambre, sigue vigente, y ha sustituido casi completamente a la custodia por pastores y el careo. En algunos casos se trata de una alimentación semiintensiva, sobre todo en el caso del porcino [1-3].

Ramoneo

La poda de la arboleda, en períodos de unos cinco años, proveía de ramón para los rumiantes, que disponían de alimentación suplementaria en el invierno, época de escasez de pastos. Los animales acudían a las cercas a buscar el ramón, o eran conducidos a él por los pastores, al menos en ciertos momentos del día. La época del ramón era la de la poda. Además de las quercíneas, suministraban también ramón otros árboles como los chopos (*Populus alba* L.), especialmente para las cabras, a finales de verano o principios de otoño sobre todo, en que los cabreros les echaban alguna rama.

Con el ramoneo se dejaban limpias de hojas las ramas que luego se destinaban a picón o a leña menuda, llamada "taramas" u "hornijas". La práctica del ramoneo ha decaído por la disminución de las podas y por la falta de custodia del ganado, que al no ir conducido, a veces deja sin consumir el ramón de ciertas partes, sobre todo si hay disponibilidad de alimento en la cerca [1-3].

Montanera

La montanera designa a la producción de bellotas, a su aprovechamiento a pie de árbol y a la época del año en que se lleva a cabo, de octubre a enero. Los cochinos eran conducidos por porqueros, a veces llamados "gorderos", a comer bajo los árboles en subgrupos de las piaras ("varas"), de unos 20 cochinos. Al principio de la montanera, cuando había poca bellota en el suelo, los porqueros vareaban bellotas con una "pértiga" o "trangallo", una vara con una cuerda al extremo de la cual pendía otro trozo de palo. Aunque en los sembrados se solía coger la bellota por cuadrillas de mujeres, en algunos casos el cochino podía entrar a la montanera hasta fechas no muy avanzadas de la sementera. Se acostumbraba a llevar los cochinos en primer lugar a las lindes de las fincas y a las zonas elevadas, dejando las más llanas y próximas a sus majadas para cuando estuvieran gordos y tuvieran menos movilidad, en que se "remataban" o terminaban de engordar con la bellota recogida.

En la montanera se alimentaba el ganado en su fase final. Una actividad relacionada con ella era la poda que, entre otras funciones, tenía como objetivo la mayor producción de bellota. En tiempo de montanera se recogían los rumiantes o se limitaba su presencia en las zonas de bellota. Entonces pastaban en los lugares donde ya hubieran aprovechado la bellota los cochinos, en terrenos sin árboles o en otras fincas de la explotación. En algunos pueblos la fecha para esta actividad era por Todos los Santos (1 de noviembre), en que los cochinos entraban a la bellota, y la Inmaculada (8 de diciembre), llamada en algunos sitios la "Virgen de la montanera", en que dejaban de entrar a los sembrados. En cada finca se ritualizaba el fin del ciclo del cochino, al ser vendidos

hacia enero, cuando terminaban de consumir la bellota, con una comida, a veces una caldereta, con los dueños, familiares y empleados de la finca el día en que se pesaban los guarros. Los cochinos destinados al consumo se sacrificaban en diciembre o enero, para aprovecharlos como alimento. Además, con el frío se elaboraban bien los embutidos por la ausencia de insectos. La matanza era y es un ritual donde prima el fortalecimiento de las relaciones sociales y los vínculos familiares y de amistad. Aunque con menor frecuencia, se sigue realizando en algunas fincas, sobre todo los empleados; no así la celebración del pesaje de los cochinos.

El aprovechamiento de la bellota a pie de árbol, y por cercas, sigue totalmente vigente, pero no la conducción en varas, debido a los altos precios de la mano de obra, aunque, sobre todo al principio de la montanera, en algunas fincas se varean las encinas para los cochinos [1-3].

Majadeo

El majadeo o "majadaleo" consistía en hacer pernoctar a las ovejas en una porción de la finca cada día, cambiando de lugar el redil, hecho con una red de cuerda en el que se recogían, para así estercolar el terreno con el orín y los excrementos. Aunque el majadeo tenía lugar durante todo el año, la frecuencia con que se cambiaba la red dependía de la cantidad de excrementos que los animales produjeran en cada época, y la cantidad de agua que contuvieran los pastos. Así en primavera, época de mucha hierba verde, el tiempo que se dejaba el redil en un mismo espacio era menor que en verano, con poco pasto y seco.

La función primordial del majadeo era el estercolado del suelo de cara al cultivo, que tendría lugar en esa hoja el otoño siguiente. Además, también mejoraba los pastos, dando lugar a los majadales, los pastizales mejores de la dehesa, con abundancia de hierbas de alto valor nutritivo, ya que brotaban muy pronto tras las primeras aguas de la otoñada, cuando en el resto de la pradera apenas había comida. El majadeo se articulaba, por tanto, con los ciclos agrícolas, estercolando sobre todo la hoja que se fuese a cultivar al año siguiente. Sin embargo, había partes de la finca que no podían llegar a majadearse, tocándole la peor suerte en ello a los terrenos que no sembraba directamente la propiedad, sino los colonos o yunteros de la finca, los aparceros. Los pastores iban cambiando cada año sus viviendas móviles, los chozos, para ir siguiendo el ritmo de las hojas de cultivo con ese estercolado previo.

Actualmente el majadaleo no tiene apenas vigencia, aunque pocas pequeñas fincas y alguna que otra grande lo practiquen. Ahora se hace con cercas de metal portátiles y no con redes de cuerda. En cualquier caso, es algo testimonial [1-3].

Desplazamientos estacionales del ganado: trashumancia, trasterminancia y agostaderos

La movilidad de los animales los hace especialmente aptos para aprovechar los distintos recursos. Además del desplazamiento por todos los ámbitos de la finca, los animales podían desplazarse entre fincas o entre agroecosistemas, sacando partido de las puntas de producción de biomasa en cada uno de ellos y dando descanso y posibilidad de recuperación productiva al territorio. Además de la trashumancia de rebaños de ovejas procedentes de Castilla, que invernan en dehesas de Extremadura, existían también desplazamientos entre fincas de un mismo propietario en el municipio o municipios cercanos, adaptándose a las condiciones microclimáticas de cada una de ellas. Así los herbívoros salían de la dehesa a tierras calmas para dejar la bellota a los cochinos en tiempo de montanera; los cerdos iban a las campiñas a aprovechar la espiga caída tras la cosecha o a los olivares a comer restos de aceituna y yerbas primaverales; las vacas se desplazaban a

fincas cercanas a ríos en verano, donde la vegetación alta de ribera les era más propicia; y sobre todo las ovejas salían “de agostadero” en verano, a pastar los rastrojos de las tierras calmas, en comarcas de mayor aptitud productiva, o en hojas de labor del mismo territorio.

Las ovejas de Castilla se desplazaban en otoño e invierno a dehesas de Extremadura, cuando el frío hacía que no hubiera pastos disponibles en la submeseta norte, para las que se arrendaban fincas o aprovechaban los pastos de las vías pecuarias por las que transitaban, que era sobre todo lo que ocurría en la comarca de Tentudía.

El animal que más se desplazaba era la oveja, y el que menos la cabra. La finalidad principal de la práctica era la alimentación del ganado, pero daba lugar a la fertilización del suelo de los lugares de destino y a la recuperación de la vegetación de los de origen. Se aprovechaba en los agostaderos una biomasa que de otra manera se perdería por el fuego o al ser enterrada al arar.

La trashumancia tenía normas tanto escritas como consuetudinarias, que regulaban el periodo en que el ganado había de desplazarse, las rutas, los días máximos de estancia en descansaderos, la prelación en el paso o el tamaño de las vías pecuarias. En cuanto a los agostaderos de las campiñas, el acceso de las ovejas a ellos podía ser por arriendo o por tener los dueños de dehesa propiedades en la penillanura. En el caso de los pequeños propietarios de fincas de labor en las campiñas, se agrupaban estas en lotes mayores para ser subastados, ello a cargo de las extintas Hermandades Sindicales de Agricultores y Ganaderos y posteriormente de las Cámaras Agrarias locales.

Actualmente la trashumancia es una práctica residual y la marcha a agostaderos es también casi testimonial, aunque más extendida que la trashumancia. Hay que tener en cuenta que las tierras de cultivo no suelen estar alambradas, y la custodia con pastor supone un coste difícilmente asumible.

Evidentemente el aprovechamiento con que más se vinculaba el desplazamiento del ganado era la agricultura, a la que complementaba, especialmente por el majadeo de ovejas [1-3].

Siega de pastos

A pesar de la escasa producción de pastos de altura en las dehesas de esta comarca, no por ello dejaba de segarse pasto en primavera para ensilado. Se hacía sobre todo en las zonas más occidentales de la comarca, con sierras de mayor altitud y expuestas a los vientos húmedos del oeste. Allí existían algunas áreas más abiertas de prados en las dehesas, algunas de ellas de robles melojos. No obstante, en la parte oriental, más seca, también había en alguna que otra gran finca en que se segaba.

Para el heno se hacía un guardado de pastos, es decir, se impedía en una o varias cercas el acceso al ganado para dejar crecer la hierba lo más alto posible. En algunos casos esa cerca tenía un nombre preciso, la henera. Se procuraba además que en esos espacios no hubiera piedras que mellaran las guadañas. El trabajo con esta herramienta no era fácil, pues al tratarse de hierba fina debía tenerse una gran precisión en el ángulo y fuerza del corte porque, de lo contrario, no



Cochinos en la montanera. Rufino Acosta

se cortaría la hierba, sino que sencillamente se la “peinaría”. Además, en caso de no tener pericia y oficio, el guadañero sufriría bastante en su cintura. Por ello eran preciados los guadañeros, que se localizaban sobre todo en los pueblos de más altura y humedad, y desde los cuales se desplazaban incluso a pueblos o comarcas vecinas. En alguna gran finca se utilizó raramente una máquina segadora tirada por una mula. Una vez segado el heno, se iba “engavejando” o liando, tarea que a veces hacían las mujeres o muchachos en las fincas grandes. Se dejaba secar un poco hasta que era transportado a las heneras, unas edificaciones techadas específicas para ello, a modo de pajares, o sencillamente se amontonaba al aire libre en nidadas (“nialas”) alrededor de un palo vertical, hasta que fuera consumido.

El tiempo de la siega solía ser mayo, cuando la hierba estaba aun verde pero comenzaba a secarse, a amarillear, cuando “estuviera arrepentida”. Las especies segadas eran las propias de las praderas pastoreadas de la dehesa que, sencillamente, se guardaban de los animales y alimentaban en tiempo de verano y otoño a los rumiantes, especialmente vacas, pero también a ovejas.

En la actualidad no existe siega de pastos naturales sino de heno cultivado, una mezcla generalmente de veza y avena que se cosecha mecánicamente [1-3].

MANEJO FORESTAL

Los usos forestales eran cruciales en la dehesa, puesto que este agroecosistema es el resultado del aclarado del bosque mediterráneo primigenio, destinado a conseguir una superficie de pastos y cultivo. Se trata de un bosque antropizado en el que se han seleccionado por sus características determinados pies de árboles. En el caso de la encina se busca la producción de bellotas dulces y en cantidad. Es la especie forestal más emblemática, porque es la que más espacio ocupa y mejor alimenta a los cochinos. También hay importantes zonas de alcornoque, que requieren más humedad y prefieren sustratos ácidos. En zonas más frías y lluviosas aparecen los robles melojos y también los quejigos, que necesitan más humedad. Se suelen encontrar también



formaciones mixtas, sobre todo de encina y alcornoque, y en algunos casos de encina, alcornoque y quejigo, lo que alarga el periodo de montanera por el distinto momento de producción de bellota en cada especie.

Los árboles y el matorral tienen una gran importancia ecológica. Constituyen elementos relictos del bosque mediterráneo que, además del interés *per se*, son el hábitat de una flora y fauna importante, la asociada al bosque mediterráneo, que se une a otra propia de las praderas que conforman los pastizales, y a la de los campos de cultivo. Igualmente tienen una importante función en la regulación térmica, del ciclo del agua y en el control de la erosión.

Desde el punto de vista productivo, los árboles y arbustos de la dehesa tradicional suministraban alimento para el ganado, en forma de ramón, bellotas y hojas del matorral, este último sobre todo para las cabras. Además, la floración era aprovechada por las abejas de las colmenas. Igualmente proveían de combustible en forma de leña, carbón y cisco, así como materiales de construcción como vigas, madera (sobre todo de roble melojo), palancas o materia prima para cazuelas, cucharas u otras artesanías. Un producto igualmente importante era el corcho. Como ya se ha dicho, estos bosques son hábitat de una fauna entre la que se cuenta la cinegética [2,3].

Siembra, resalveo y entresaca

Salvo en algunos casos que se pueden constatar en alcornocales, la forma habitual de creación y mantenimiento de la arboleda de la dehesa ha sido el resalveo o selección de renuevos de matas de quercíneas para formar árboles. Cuando se rozaba el terreno o cuando se laboreaba, se iban dejando uno o varios "resalvos" a los que se daba una poda de formación o "apostado" llegado el momento, siguiendo una forma canónica, normalmente con dos ramas principales. Se solía ir dejando resalvos donde se preveía que fuera necesario sustituir un árbol ya viejo, o donde por alguna razón desapareciera alguno. El resalveo y formación del árbol tenía lugar por tanto en la época de la roza, el laboreo y la poda, prácticas con las que hemos visto estaba vinculado, y se formaban pies de encina, alcornoque, quejigo o roble melojo, según las zonas.

La siembra de encinares no era habitual, aunque algunos propietarios o empleados enterraban o rehundían bellotas de encinas dulces.

Sin embargo la memoria colectiva guarda el recuerdo de hojas de terreno enteras convertidas en alcornocal por siembra.

En la actualidad el resalveo sigue siendo la práctica habitual en zonas en que ahora prolifera tanto el matorral, ya que se pueden dejar muchos resalvos cuando se desmonta. Sin embargo en las dehesas más llanas y/o sobrepastoreadas, la carga ganadera hace que los animales acaben con los rebrotes, por lo que no es posible renovar la dehesa. Por ello actualmente es bastante frecuente la repoblación con encinas y alcornoques, que además han contado con subvenciones de las administraciones públicas. Para ello hay que controlar el acceso del ganado a las parcelas donde se realizan las repoblaciones, y como consecuencia controlar los incendios con el laboreo. Otra medida es proteger los nuevos pies.

Otra forma de manejo de los árboles era la "entresaca" o eliminación de árboles, sobre todo encinas, cuando se consideraba que había mucha densidad o estorbaba alguno. A veces los carboneros derribaban ocultamente alguna encina para carbón. Hoy en día esta práctica no tiene lugar, entre otras cosas por el retroceso de la arboleda y por el control de los forestales ante la tala de árboles [1-3].

Poda

Los árboles de la dehesa son una elaboración cultural, tanto por la selección genética, como por la forma canónica de los mismos y su manejo, en todo lo cual tiene una importancia principal la poda. La primera de ellas es la de formación, para ir dándoles la forma adecuada. Por lo general se buscaban árboles ya suficientemente desarrollados de dos ramas principales o ramas de cruz, aunque en dehesas sobre suelos fértiles pueden soportar tres. En muchos casos se indica que había que abrir las ramas de cruz a la altura del pecho de una persona, esperando que crecieran. Hay que tener en cuenta que, al ser árboles a los que había que subirse para las podas de mantenimiento posteriores, no convenía dejar muy alta la cruz. En los alcornoques, sin embargo era frecuente que las cruces quedaran más altas para ofrecer suficiente superficie en donde desarrollarse las planchas de corcho.

Durante la poda se iban cortando ramas que no fueran interesantes. Por ejemplo en el caso de la encina se suprimían las que fueran hacia arriba desde el tronco (ramas de "tropa"), porque producían menos bellota. Sin embargo en el alcornoque era preferible dejar algunas llamadas sombreros que

protegían del sol al tronco, donde se produciría el corcho. Convenía no cortar ramas gruesas, de más de 10 cm de diámetro, porque los cortes son heridas por donde se introducen enfermedades. También había que ir dejando ramas pequeñas, que en el futuro sustituyeran a otras grandes que pudieran desaparecer. Se buscaba que el árbol tuviera una forma globular aunque según las zonas y el interés que hubiera por la bellota o la leña, esta sería distinta. Los quejigos se podían podar al desmoche, cortando todas las ramas gruesas, porque rebrotan bien. El tamaño del hacha que se empleaba dependía del grosor de las ramas que se fueran a cortar, de gran tamaño para cortar ramas gruesas, y pequeñas para ir limpiando ramas menudas.



Sacando las planchas de corcho de un alcornoque. Rufino Acosta

La poda se llevaba a cabo cuando terminaba el aprovechamiento de la bellota, a fines de diciembre o en enero. En años de poca bellota y si faltaba comida para los rumiantes, se podía empezar en otoño, ya que entonces “no corre la savia” por los árboles y no se les hace daño. Por esa razón por San José (19 de marzo) se acababa la poda, porque ya empezaba a circular savia.

Se podaban encinas, alcornoques, quejigos y robles melojos, aunque en estos dos últimos no era tan frecuente. La poda de mantenimiento tenía varios objetivos: favorecer la producción de ramas nuevas y bellotas, eliminando materiales de sostén como ramas gruesas; mantener la forma canónica del árbol; conseguir ramas y troncos para leña y para la elaboración de carbón y cisco; suministrar ramón a los rumiantes; y permitir la entrada de más sol para los cultivos. En el caso de los robles melojos, se obtenía también madera para construcción y para la fabricación de muebles. De la encina se hacían tajos y asientos pequeños y simples, así como madera para cazuelas, aunque esto último solía ser de los troncos, no de las ramas.

Por la Candelaria (2 de febrero), con la leña menuda de las podas se hacían las hogueras para celebrarla. Como hemos dicho, San José marcaba el fin de las podas.

La práctica de la poda ha disminuido notablemente por el encarecimiento de la mano de obra, con lo cual ya no se hace cada cinco años, sino a veces en turnos de incluso veinte o más años, lo que hace que se desarrollen ramas muy gruesas que, al ser podadas, crean heridas temibles para los árboles. Las cuadrillas de hombres con hacha han sido sustituidas por otras con menor número de personas con motosierra, que en muchos casos podan no a cambio de un salario, sino por la leña, con lo cual tienden a cortar ramas gruesas y con menor cuidado en la limpia, dando lugar a podas abusivas. Actualmente, la administración y sus agentes tienen la atribución de vigilar las podas y emitir las autorizaciones para las mismas, que son preceptivas.

La poda se vinculaba con la práctica agrícola ya que, como se ha indicado, se podaban las hojas de terreno que iban a ser laboreadas, dejando más luz a los cultivos. El laboreo y el pastoreo ayudaban también a eliminar el matorral que compite con los árboles, y permitía un mejor acceso a los mismos, por ejemplo a los alcornoques de las sierras en la saca del corcho. La ganadería estaba muy relacionada con la poda debido a que el ramón era un alimento interesante para el ganado en invierno, época de poca hierba [1-3].

Tratamiento de plagas

La polilla lagarta [*Lymantria dispar* (Linnaeus, 1758)] era la plaga que más atacaba a la arboleda, para lo cual se fumigaba cada ciertos años en primavera, con productos químicos en mochila o desde avionetas a partir de los años sesenta y hasta la actualidad. Las fumigaciones han causado problemas a la fauna, sobre todo a las aves. Las palomas eran también un problema para la cosecha de bellotas y en algunas fincas se usaban cohetes para espantarlas.

Actualmente no hay apenas problemas de lagarta y se fumiga muy esporádicamente y con avionetas. Sin embargo, la seca de las encinas y alcornoques es un problema gravísimo, que asola áreas crecientes de dehesa y parece estar muy relacionado con la tiña del castaño (*Phytophthora cinnamomi* Rands). El coleóptero *Ceramix cerdo* Linnaeus, 1758 también es una plaga mortal para el arbolado, y contra él se utilizan, con escasos resultados, compuestos líquidos que tienen la función de trampas de cebo [1-3].

Saca del corcho

Cada nueve años se quitaba el corcho a los alcornoques. Este se va desarrollando entre la madera del árbol y la casca, la película que lo

reviste. En los escasos terrenos con matorral, un trabajo previo al descorche era la limpieza del terreno, al menos bajo el árbol, y adecuar caminos de llegada y vías de extracción de las planchas. Con un hacha especial bastante curva en su filo había que ir dando golpes para abrir las “hiendas”, líneas que delimitarían las planchas o corchas que se iban a sacar. Había que tener cuidado de no herir más que la corcha sin llegar a la corteza del árbol pues este se puede resentir y salirle bultos que harían que las planchas que crezcan para la siguiente saca mostraran protuberancias. Esto va en detrimento de la calidad de las propias planchas y dificulta su arranque, al quedarse más pegadas al árbol. Una vez “dadas” las rayas o hiendas se metía entre ellas un palo aguzado o el propio cabo del hacha, también un poco cortado al sesgo, para ir haciendo que se desprendan las placas. Se empezaba esta operación por el tronco para terminar desprendiendo los “aparejos” (planchas que quedaban sobre las horcajas y en las ramas de cruz del árbol), de tal manera que en ellas se sujetaran los hombres que cortaban desde arriba y no resbalaran. Se cortaba desde unas cuantas cuartas más arriba de la cruz, y cada año se iba subiendo un poco más, con el crecimiento del árbol, pero sin llegar a descorchar más allá de la segunda cruz de ramas. La corcha de la parte inferior del alcornoque, la que pega con la tierra, se llamaba “zapata” y para arrancarla había que echar mano de un azadón.

Los especialistas en extraer la corcha, eran los “sacaosres” o “descorchaosres”, que debían tener bastante pericia, por el pulso que se requería y por la precisión del corte. Tras ellos venía el “rajaor”, que se encargaba de rajar las planchas, cortándolas en tiras más estrechas y menos curvas que las que salen al desprenderlas del contorno del árbol. Los “juntaosres” cogían estas planchas y las sacaban de debajo de los árboles hasta el lugar donde pudieran cargarla los hombres que iban con las bestias. Estos, a su vez, las llevaban hasta el lugar donde se pesaba el corcho para su venta a los intermediarios o a los cocedores y fábricas.

Pero del corcho también se sacaban colmenas para las abejas y utensilios diversos, como tapones, fiambresas, “cucharros” (lespecie de cazos o cuencos para diversos usos) o asientos.

Como se ha indicado, la época de saca era entre mediados de mayo y mediados de agosto, cuando “se da la corcha”, es decir, que se puede desprender con facilidad. La cadencia de nueve años entre cada saca venía marcada por la tradición, aunque no era algo rígido sino que, dependiendo del beneficio que hubiera tenido el árbol, se podía retrasar un año, no más, hasta que el corcho fuera lo suficientemente grueso.

La vigencia de esta práctica es absoluta, ya que el corcho supone un ingreso sustancioso para las fincas. Los jornales son los mejor pagados de la dehesa debido a la pericia que se requiere y a la falta de mecanización de la saca, excepto en lo que se refiere a la tracción, que ahora es mecánica, con tractores oruga y arrastrando un trineo en las zonas más escarpadas.

La práctica más vinculada con la saca sería el desbroce del terreno en las zonas montuosas, que hoy en día a veces solo se realiza bajo los árboles y en las vías de acceso, abriendo caminos o pistas para ello. La poda del alcornoque no debía hacerse dos años antes ni después de la saca [1-3].

CAZA

La caza era una práctica habitual en el agroecosistema. En la dehesa tradicional era una fuente de ingresos solo para un reducido grupo de personas, gente de clases populares, jornaleros por lo general que, en momentos en que no tenían trabajo o en ratos libres, salían a cazar y



vendían las piezas en el pueblo. También había gente que cazaba alguna pieza para autoconsumo. Las escopetas y su munición eran un bien relativamente escaso y costoso, por lo que la caza como ocio era algo infrecuente, estando reservada a gente pudiente, por ejemplo propietarios, que invitaban a sus amistades o conocidos a cacerías, en las que contrataban en ocasiones a ayudantes, como por ejemplo a batidores.

Con la escopeta se cazaba al salto conejos, liebres [*Lepus europaeus* Pallas, 1778] y perdices [*Alectoris rufa* (Linnaeus, 1758)]. En puestos era más frecuente la caza de palomas y tórtolas. Los ojeos, con batidores o "jucheadores", eran más habituales para la perdiz. Igualmente en puestos se cazaba la perdiz con reclamo, para la que se apresaban con trampas pájaros que cantaran bien. Con reclamo de cimbel se cazaban también palomas. Las monterías no eran frecuentes, habida cuenta del escaso número de ciervos y jabalíes. Se daban solo en lugares de mucho matorral que, como hemos visto, no era lo habitual en dehesas llanas y/o laboreadas.

Las gentes de clases populares cazaban con lazo conejos y liebres, además de otros animales que en ellos cayeran. También había quienes cazaban lanzando un garrote, sobre todo a liebres encamadas, cosa a la que eran aficionados ciertos pastores. La caza de algún lobo o zorro era gratificada por los dueños de fincas o el ayuntamiento.

En otoño e invierno se cazaban pájaros como cogujadas o cogujas [*Galerida cristata* (Linnaeus, 1758)], gorriones [*Passer domesticus* (Linnaeus, 1758)], estorninos o tordos [*Sturnus unicolor* Temminck, 1820], trigueros [*Miliaria calandra* Linnaeus, 1758] o zorzales [*Turdus viscivorus* Linnaeus, 1758]. Eran atrapados con "costillas" (pequeña trampa de ballesta) utilizando como cebo un gusano, la hormiga con alas (alúa), grano de trigo o aceituna. Sobre todo los cazaban los muchachos, que también cazaban pajarrillos con tirachinas y cogían nidos de diversas aves, como mirlos [*Turdus merula* Linnaeus, 1758]. En los lugares donde beben los pájaros en verano se cazaba también con liga o liria, una suerte de pegamento, o con escopeta de balines. Otros pájaros que se mataban, se apresaban o se cogían los huevos de sus nidos eran el alcaudón o acaburdón [*Lanius senator* Linnaeus, 1758 y *L. meridionalis* Temminck, 1820], arrendajo o triguero [*Garrulus glandarius* (Linnaeus, 1758)], carbonero [*Parus major* Linnaeus, 1758], lavandera o churubita [*Motacilla alba* Linnaeus, 1758], gorrión chillón o gorriato montesino [*Petronia petronia* (Linnaeus, 1758)], herrerillo [*Parus caeruleus* Linnaeus, 1758], jilguero [*Carduelis carduelis* Linnaeus, 1758)], y verderina [*Emberiza cirrus* Linnaeus, 1766].

La caza tenía lugar a lo largo de gran parte del año, pues en verano podían cazarse tórtolas y palomas, además de pájaros en las aguas; en otoño e invierno liebres, conejos y perdices, así como pájaros con costillas; y la primavera era tiempo de nidos.

La finalidad principal de la caza era la alimentación humana, raramente se practicaba por puro ocio. Pero también se conseguían pájaros de canto, siendo la caza de pequeñas aves y la búsqueda de sus nidos un entretenimiento para los niños.

Aunque existían unos tiempos de veda establecidos por la autoridad, no siempre eran respetados. Los dueños solían ser permisivos con los cazadores, porque no había demasiado interés en las piezas ni había muchas escopetas ni cazadores, aunque los guardas de ciertas fincas tenían el encargo de velar más por la caza. La Guardia Civil se encargaba de las denuncias, que solían deberse a la falta de documentación de las escopetas.

Rituales, antes exclusivos de las clases altas que practicaban la caza y que en la comarca nunca se dieron, como el bautizo del novicio en la caza mayor, ahora empiezan a proliferar con el aumento de las monterías.

Actualmente, la caza como actividad económica ha cobrado bastante auge en la dehesa, alquilándose cotos de caza que han prolife-

rado por doquier, bien privados, o bien de sociedades locales de cazadores. La caza se practica hoy en día por ocio, aunque alguna que otra pieza pueda venderse. Ha aumentado enormemente el número de cazadores, tanto de los pueblos como de fuera, debido a la facilidad de los desplazamientos con los nuevos medios de transporte y el aumento de nivel adquisitivo. Todo ello ha supuesto una fuerte presión sobre liebres, perdices y conejos. A este asunto se une el descenso de los cultivos, lo que explica la menor presencia de palomas y de tórtolas comunes, aunque ha aumentado el número de tórtolas turcas [*Streptopelia decaocto* (Frisvaldszky, 1838)], desconocidas hasta hace un par de décadas. Con el avance del matorral también ha aumentado la población de ciervos, jabalíes y zorros. Los dos primeros son ahora buscados para monterías o ganchos, en cotos de grandes fincas, o "furtiveados" por cazadores locales. Los zorros también se cazan en batidas, sobre todo por sociedades locales de cazadores. La caza con costillas y tirachinas es ya anecdótica, entre otras cosas debido a la estricta normativa sobre aves, especialmente insectívoras.

Los lazos y trampas, pese a estar prohibidos, se siguen usando de forma residual. Los periodos de veda se observan de manera sistemática hoy en día.

La caza ha estado muy vinculada con los diversos usos productivos de la dehesa, sobre todo con los cultivos, porque eran un alimento importante para los animales, especialmente las aves. El avance del matorral supone el descenso de ciertas especies, como tórtolas o palomas, y el avance de otras, como ciervos, zorros y jabalíes.

Las sociedades locales de cazadores han emergido como entidades importantes en los pueblos, para que puedan cazar los vecinos, y para gestionar la caza y relacionarse con el territorio. Ahora bien, la mayoría de los terrenos suelen ser cotos privados [1-3].

RECOLECCIÓN

Cosecha de la bellota

La cosecha de la bellota tenía lugar sobre todo en los terrenos en que se cultivaba, pero también en ciertas zonas donde convenía dejar libre el terreno para los rumiantes. Igualmente se hacía en lindes o cerca de cauces de agua, donde era más probable que desapareciera el fruto. La cosecha la hacían cuadrillas de mujeres que recogían la bellota del suelo, bien la que ya se hubiera caído, o bien la que era vareada por hombres con largas varas. De los cestos en que se depositaban tras cogerlas del suelo se vaciaban a sacos. Posteriormente la bellota era esparcida en un llano junto a los cortijos y se le iba dando vueltas en cordones, para que se soleara, se oreara y no pudriera. Finalmente era utilizada para rematar la alimentación de los guarros gordos al final de la montanera.

La bellota podía cogerse desde finales de noviembre, pero sobre todo en diciembre. La fiesta de la Inmaculada, la Pura (8 de diciembre), era una referencia para el momento de la recolección.

Como se ha indicado, la función de la cosecha de bellota era la alimentación del ganado de la finca. La venta era menos frecuente. Algo habitual hasta los años cincuenta y sesenta era el hurto de bellotas por parte de jornaleros, habida cuenta de su penuria y de la comprensión que este hecho tenía por gran parte de la comunidad local. Tal era así que en grandes fincas existía la figura del guarda de bellotas.

El consumo humano de bellotas era frecuente, como una suerte de *snack* cuando se iba al campo, pero también se recogían algunas para tomar en casa, crudas o asadas. En tiempos de hambre se llegó a hacer en tortilla, e incluso se elaboró harina de bellotas.

Actualmente no se recogen bellotas debido al alto precio de la mano de obra. Sin embargo, el auge del cochino ibérico alimentado con bellota y

de denominación de origen hace que algunas fincas precisen de ella para los momentos finales del ciclo del cerdo y tengan que comprarla. Esto suelen hacerlo en comarcas donde hay extensiones considerables de tierras comunales donde, quienes tienen los derechos sobre los árboles pero no pueden consumir la bellota a pie con sus ganados, cosechan el fruto para la venta. Aparte de eso, en los pueblos de la comarca las gentes siguen cogiendo algunas bellotas para comerlas, crudas o asadas.

La producción y cosecha de bellota estaba vinculada al aprovechamiento por el cerdo, pero también a las podas, que propiciaban que hubiera más fruto, en detrimento de ramas de sostén, y a los cultivos, ya que se solían coger en los sembrados [1-3].

Recolección de plantas

La dehesa, como agroecosistema de gran diversidad, producía muchas plantas vinculadas a los distintos espacios y usos de la misma: agrícolas, forestales y ganaderos. Como una de las características de las economías campesinas ha sido la diversificación de fuentes de sustento, y sobre todo entre los trabajadores sin tierra en un contexto latifundista, el bajo salario no podía ser el único medio de vida. Este se veía complementado por la recolección de plantas y frutos, para alimentación, medicina o uso veterinario, bien para autoconsumo o para venta.

Durante los tiempos de penuria, gran parte de la población tuvo que recurrir a las plantas silvestres, como consecuencia de los largos periodos de paro y salarios bajos. La escasa dieta hacía que las plantas recolectadas tuvieran importancia en la alimentación de muchos hogares. Pero plantas silvestres consumían todos, recolectándolas o comprándolas a la gente que las recolectaba, sobre todo mujeres. Así los acederones (*Rumex scutatus* L.), berros [*Rorippa nasturtium-aquaticum* (L.) Hayek], cardillos o tagarnillas (*Scolymus hispanicus* L.), collejas [*Silene vulgaris* (Moench) Garcke], espárragos (*Asparagus acutifolius* L. y *A. albus* L.), romazas (*Rumex pulcher* L.) o verdolagas (*Portulaca oleracea*) eran preparadas de diversas formas, y formaban parte del conocimiento gastronómico local.

Entre los hongos destacan las criadillas [*Terfezia arenaria* (Moris) Trappe]. En cuanto a las setas hubo una desigual consideración entre la gente, con áreas micófilas y micófilas. En algunas zonas de dehesa son de consumo habitual los boletos negros o tentullos (*Boletus aereus* Bull.), colmenillas o cagarrias [*Morchella esculenta* (L.) Pers.], champiñones (*Agaricus campestris* L.), niscalos [*Lactarius deliciosus* (L.) Gray], oronjas o tanas [*Amanita caesarea* (Scop.) Pers.], parasoles o gallipiernas [*Macrolepiota procera* (Scop.) Singer], setas de chopo [*Agrocybe cylindracea* (DC.) Maire] y setas de cardo [*Pleurotus eryngii* (DC.) Quél.].

De la bellota se ha hablado más arriba. En pequeñas cantidades se podía coger libremente en el campo, sin que se considerase robo. También se comían los madroños (*Arbutus unedo* L.) y las moras (*Rubus ulmifolius* Schott).

Los muchachos chupaban a veces como golosina las flores de las lenguazas o algamulas, que llaman "chupaera", y comían los frutillos verdes de las malvas (*Lavatera cretica* L.), llamadas quesitos. Para ser usado en los aliños se recolectaban el orégano (*Origanum vulgare* L.) y la mejorana [*Thymus mastichina* (L.) L.].

Como medicinales se han empleado muchas especies. La manzanilla amarga [*Chamaemelum nobile* (L.) All.] y el poleo (*Mentha pulegium* L.) se usaban para infusiones. El poleo incluso era segado y vendido. Las infusiones de las flores de los majuelos o tileros (*Crataegus monogyna* Jacq.) servían para calmar los nervios. Con la ruda se hacía un cocimiento para friegas contra los dolores. Algún ganadero recurría al beleño (*Hyoscyamus albus* L.) como medida preventiva de enfermedades tras la castración de los cochinos, y el torvisco (*Daphne gnidium* L.) se usaba como repelente, por ejemplo en la castración de animales. También eran utilizadas para uso humano o animal otras muchas especies como la cebolla albarrana [*Urginea maritima* (L.) Baker] el gamón o la gamonita (*Asphodelus albus* Mill.) o la malva. No existía un mercado para este tipo de plantas, sino que se recogían cuando era su tiempo o cuando se necesitaban para autoconsumo, sin haber restricciones para la recolección.

Otras plantas con usos de distinto tipo son la enea (*Typha* sp.), para "echar" asientos de sillas y para construir chozos; el junco [*Scirpoides holoschoenus* (L.) Soják], también para vestir chozos o para atar haces; la juncia [*Bolboschoenus maritimus* (L.) Palla in W.D.J. Koch], como ornamento el día del Corpus Christi; el gordolobo (*Verbascum* sp.) para pescar; pan de pastor o clavellina [*Mantisalca salmantica* (L.) Briq. & Cavill.] y giralda o doblones [*Coleostephus myconis* (L.) Rchb. fil. in Rchb.], para hacer escobajos; caña para techos, como mango de escobas o brochas y para usos muy diversos; pita (*Agave americana* L.) para sogas; o gamonitas, como cañas de zambomba. En las riberas de los cauces crece la mimbrera que daba buenas varas para cestas y otros enseres y "madrinas" (varas de estructura) para los chozos, al igual que las varas de chopo. Los tamujos [*Flueggea tinctoria* (L.) G.L. Webster] de los barrancos y ríos proveían del material para hacer escobajos fuertes.



Chozo. Rufino Acosta



Como combustible, ya sea para picón, carbón, leña o para encender la candela, se podían emplear el carrasco de encina, coscoja, jara, brezo, retama, escoba o aulaga. Como material para construcción, para cubiertas de chozas se podía utilizar casi cualquier clase de monte, pero especialmente las escobas y retamas que, al igual que la aulaga, servían como bardas para paredes. Las ramas de madroño se usaron en algunos casos para techumbre. Las aulagas se utilizaban igualmente para chamuscar los cochinos o hacer prados donde solear la ropa blanca. Las varas de la adelfa (*Nerium oleander* L) servían para construir chozos, así como las de los chopos.

Las técnicas de recolección variaban según el tipo de planta. Se cortaban con las manos acederones, berros, collejas, poleo o romazas. Se cortaban con navaja los cardillos, que también se podían arrancar con sachos o escardillo, y los espárragos. El monte se segaba, se arrancaba con azadón o con la mano cuando se podía. Se cogían con la mano los madroños o las flores del majuelo. La bellota se recogía del suelo a mano, y también podía varearse o hacerse caer a pedradas, como hacían los niños a veces. Las varas de mimbre, adelfa o chopo se cortaban con hacha, y se segaba con la hoz u hocino los juncos o la enea.

Con la recolección se satisfacían las necesidades domésticas, alimentarias, medicinales, de materiales para construcción de viviendas y de utensilios, así como para el fuego. Se disponía de estos recursos libremente, salvo en el caso de recolección de bellotas en cantidad y de cargas de leña de matorral.

Actualmente el aumento del nivel de vida y la aparición en el mercado de todo tipo de productos ha hecho retroceder el consumo de plantas silvestres. Pero se consumen aún bellotas, berros, cardillos, collejas, espárragos o romazas y se usa el poleo, la manzanilla o el hinojo. La recolección de espárragos tiene un gran auge, ya que gracias a los

medios de transporte actuales se realiza a veces en pueblos alejados. También está creciendo la recolección de setas, antes poco usual en algunos pueblos.

La recolección de estas plantas está relacionada con las demás prácticas de la dehesa, ya que según los usos del espacio encontramos unas especies u otras. Por ejemplo, el menor laboreo va en detrimento de las collejas y las especies del matorral; y ciertas especies son más propias de los eriales, como los cardillos [1-3,7-9].

MANEJO DE RECURSOS GEOLÓGICOS

Cantería / Arcilla / Arenales

Los suelos arcillosos eran la fuente de materia prima que surtían a los hornos para hacer ladrillos y tejas. También los niños buscaban el "barro gallego" con el que hacer figuras. Para la construcción de tapias la más indicada era la "tierra cruda". La arena se extraía de los ríos y barrancos, y los hornos de cal se situaban en zonas cercanas a la materia prima, por ejemplo a lo largo de tierras de la serie carbonatada. Para pintar los zócalos o ciertas paredes enteras, por ejemplo de las cocinas, se usaba la "tierra colorá", que se encontraba en algunos lugares muy concretos y que conocían bien las mujeres. Se buscaban piedras para amoladeras, es decir, para afilar cuchillos, navajas o hachas, así como piedra blanca con la que coagular los cortes en el afeitado.

Con la piedra que afloraba, por ejemplo en el laboreo, se construían calzadas, como freno para la erosión producida por el agua, y también majanos, montones de piedra en espacios menos productivos, en los que se resguardaban los conejos. Igualmente la piedra era material de construcción, por ejemplo para paredes.



Razas foráneas de vacas en la dehesa actual. Rufino Acosta

Actualmente no existen hornos de cal en los pueblos, y solo uno de ladrillos, pero que trae la materia prima de fuera desde hace varios años. La escasa arcilla de la zona no se utiliza, así como la tierra para pintar las paredes. Apenas se construyen paredes de piedra, aunque sí se reparan algunas. Tampoco se construyen calzadas. En algunas fincas, con ocasión por ejemplo de desmontes, sí se amontona alguna piedra o se echa a los cauces para frenar la fuerza del agua. Los áridos se extraen aún en algunos ríos [1-3].

MANEJO DE ACTIVIDADES SIMBÓLICAS O DE SOCIABILIDAD

Las dehesas han sido lugares bien apropiados para rituales y actos sociales, como fiestas campestres, a la sombra o al cobijo de los árboles. Las innumerables jiras, del Domingo de Resurrección y el Lunes de Pascua, o las romerías, como la de San Isidro son ejemplo de ello, al igual que lo es la celebración de comidas colectivas o calderetas de borrego.

En las romerías actuales se montan casetas de feria donde se reúnen los grupos de amigos y familiares, muchas aún en dehesas, y también se siguen celebrando las jiras. El día de La Candelaria (2 de febrero) se continúan haciendo hogueras en algunos pueblos, con la leña de las encinas y olivos que se podan por esa fecha.

Pero ante todo, el agroecosistema de dehesa se ha convertido en el paisaje de referencia de los extremeños. La encina aparece en el escudo de la comunidad autónoma y por doquier, al igual que la bellota, icono fundamental en la región. La comarca participa de esa misma identificación. Los productos de la dehesa, especialmente el cerdo ibérico, constituyen también un referente social importante en la región y la comarca. La palabra dehesa es utilizada profusamente en la publicidad, sobre todo turística, y es orgullo para dueños y grandes propietarios, que en las cancelas de entrada anteponen la palabra dehesa al nombre del predio. Cualquier imagen de la comarca que se quiere proyectar pasa irremisiblemente por incluir en ella a la dehesa [1,2].

■ REFERENCIAS HISTÓRICAS

La palabra dehesa deriva del término *defensus*, refiriéndose probablemente al acotamiento de un territorio para pastos. En su formación tuvo un papel primordial la existencia de la trashumancia. Su importancia y la de la Mesta, que velaba por los derechos y privilegios de los trashumantes, evitaron que grandes extensiones del suroeste ibérico fueran deforestadas y roturadas. Las dehesas de la Orden de Santiago, que gestionaba buena parte del territorio, eran arrendadas a mesteños.

La presión demográfica, el aumento de las superficies destinadas a la agricultura y algunos hechos históricos como la desamortización fueron causas que hicieron retroceder los bosques españoles en los siglos XIX y XX. Bastantes dehesas actuales, sobre todo de la sierra, tienen su origen en los siglos XVIII y XIX, al aclararse el bosque en favor de la agricultura y pastoreo, debido al crecimiento de la población y el desarrollo de los medios productivos. Así, el extremo sur de la comarca era todo un gran baldío, cuyos pastos eran aprovechados en común por cinco villas de la zona y en el que también se practicaba la agricultura, permitiendo el acceso a los recursos a la mayor parte de la población. Con la desamortización se convirtió en las actuales dehesas [1,2,4,10-12].

■ VALORACIÓN

En comparación con la dehesa tradicional, la actual ha perdido diversidad biológica y de uso. Al no haber podas ni rotaciones, por abandonarse los cultivos, no hay variaciones interanuales. Ello condiciona la

distribución de la producción y el aprovechamiento de biomasa a lo largo del año. Si antaño el paisaje tenía estructura de mosaico, actualmente deviene en monotonía y simplificación, con el predominio del pastizal y, eso sí, el avance en algunos lugares del monte. Aunque siguen existiendo diferentes espacios o microespacios, las características específicas de cada uno de ellos no son explotadas estratégicamente debido a la simplificación en el manejo. El ganado no es conducido a los distintos lugares a aprovechar recursos estratégicos en los diferentes momentos del día o en diferentes épocas del año. Con ello el manejo no se adapta a las especificidades del medio, sino al contrario. Como ejemplo de esto último tenemos la proliferación del ganado vacuno por ser el que menos mano de obra requiere. Sin embargo, es el menos adecuado ecológicamente para estos terrenos, habida cuenta de la poca abundancia y altura de los pastos.

La misma simplificación podemos observar en las fincas al desaparecer espacios diversos como huertas o alamedas. También desaparece la antigua articulación entre olivares, huertas o tierras calmas en un sistema local o comarcal, lo cual supone el desaprovechamiento de recursos productivos.

En cuanto a los usos, hay una especialización en la ganadería, mientras que desaparece la diversidad de cultivos y decaen los usos forestales. Aunque sigan existiendo diferentes usos, no se puede hablar ya tanto de estrategia de uso múltiple, porque ha dejado de haber integración deliberada de los mismos. Ahora se maneja más de forma independiente, no complementaria muchas veces, y se busca sobre todo maximizar las producciones ganaderas.

La degradación de los recursos productivos y el abandono e infrautilización de los mismos ha llevado a una pérdida de autonomía energética y productiva. El agroecosistema no se basa ya tanto en el reemplazo y la renovación de los propios recursos. No se sostiene por sí mismo, sino que depende del exterior en forma de piensos, maquinaria y, en menor medida, semillas y abonos.

No hay regeneración de la arboleda al no haber renuevo en las zonas llanas y sin embargo surge matorral, chaparros y potencial renuevo en zonas más dejadas, una vez que se vuelven a desmontar. La presencia de matorral aumenta el riesgo de incendio. Las podas infrecuentes y abusivas dañan enormemente la arboleda, y la ausencia de laboreo no contribuye a la salud de los árboles. Si la lagarta no es ahora un problema para la arboleda, sí lo son para las aves las fumigaciones. El estado de los árboles no es generalmente bueno, sobre todo con la alternancia de largas sequías y de épocas de mucha lluvia y el azote de *Ceramix cerdo*, que es un grave problema en algunas zonas. La seca de los árboles, muy relacionada con el daño causado por *Phytophthora cinnamomi* y con la poca salud y la vejez de los árboles, es la mayor amenaza para la dehesa, que podría desaparecer en varias décadas.

Con el abandono de los cultivos desciende la biodiversidad animal y vegetal asociada a ellos. Las razas ganaderas autóctonas son sustituidas por otras foráneas, que ponen más kilos y en menos tiempo, pero exigen más piensos. Si la agricultura ha retrocedido enormemente, con ella han desaparecido casi totalmente las variedades cultivadas locales. Existe eso sí un avance del matorral, antesala del bosque mediterráneo, que añade madurez y hace proliferar especies como el zorro, jabalí o venado, pero no está claro que sea más diverso que el pastizal pastoreado, que muestra uno de los más altos niveles de biodiversidad. Además las especies cinegéticas han disminuido considerablemente por la presión de los cazadores.

Observamos que el impacto ambiental sobre el territorio ha sido distinto dependiendo de si los condicionantes del medio han permitido la intensificación productiva o no. Allá donde ha sido posible el nue-



vo manejo y la artificialización a través de la nueva tecnología (fincas llanas o zonas llanas, próximas a los cortijos o puntos de manejo), se ha producido degradación. Donde esto no ha sido posible ha tenido lugar una menor intensificación, y por tanto una mayor conservación del medio, siguiendo una lógica del espacio y la producción aplicable a escalas mayores (comarcas, regiones, países, etc.).

Como conclusión podemos decir que los recursos productivos de la dehesa se han degradado y que el agroecosistema se ha simplificado enormemente. No obstante esta simplificación ha sido menor que la producida en otros agroecosistemas y, en algunos aspectos, se han potenciado en la zona algunos hábitats muy singulares. Los condicionantes físicos y económicos del territorio han sido una restricción para la transformación de la dehesa en cualquier otro tipo de agroecosistema en el que se pretende organizar la producción según criterios plenamente capitalistas. La zona se ha hecho por ello más marginal respecto a otras donde ese proceso se llevó a término, pero a cambio ha conservado un patrimonio ecológico importante, aunque haya sido deteriorado y se encuentre amenazado por los efectos de la aplicación de un determinado modelo de desarrollo en la agricultura, el de la llamada modernización.

Respecto al conocimiento, ha tenido lugar un proceso de deterioro de los saberes locales, del conocimiento de los recursos locales, pues ya no hay una aproximación reticular al espacio y ha descendido la intensidad de la interacción de los trabajadores con los distintos lugares de las fincas. El manejo se ha simplificado y lo lleva a cabo un reducido número de

empleados que, eso sí, han adquirido nuevos conocimientos tecnológicos y de gestión. Ahora el conocimiento es en gran parte inespecífico, generado en centros de investigación asociados a los crecientes insumos de la agroindustria. El resultado ha sido un alejamiento de la población respecto del medio. Gran parte de los habitantes apenas se relacionan con el territorio a través de los procesos de trabajo. En muchos casos esta relación solo es a través de actividades de ocio, caza o recolección de espárragos. El conocimiento sobre las plantas silvestres está en retroceso, al igual que la recolección y uso de las mismas, persistiendo sobre todo en el caso de espárragos, berros, romazas, cardillos y setas.

No obstante, hay que consignar que el conocimiento tradicional persiste con más fuerza en las localidades de pequeñas propiedades, mientras que en contextos latifundistas (y sobre todo entre los jornaleros), el deterioro es mayor. Respecto al género, las mujeres han sido prácticamente hechas desaparecer de las dehesas y, con ello, se ha resentido más su conocimiento sobre el medio, del mismo modo que es menor el conocimiento local de las generaciones más jóvenes [1-3,13].

■ REFERENCIAS

1. Acosta 2008; 2. Acosta 2002; 3. Acosta *et al.* 2001; 4. Parra 1988; 5. Penco 1992; 6. Acosta & Díaz Diego 2008; 7. Catani *et al.* 2001; 8. Oyola 1997; 9. Sánchez Expósito 2014; 10. Bernal 2002; 11. Lama 2001; 12. San Miguel Ayanz 1994; 13. Acosta 2005.

